

Reflexiones sobre teoría y cambio social*

Rubén Sergio Caletti
México

Sería previsible que tratáramos de iniciar este debate sobre la ciencia de la comunicación y sus aportes al cambio social señalando que las tendencias *a*, *b* y *c*, ensayadas en los últimos años, no han podido superar totalmente tales y cuales limitaciones y que, en realidad, es la concepción *z* y las jóvenes experiencias realizadas bajo su nueva luz donde radica la posibilidad cierta de establecer ese vínculo recíproco, creativo y sólido entre los estudios sobre el fenómeno de la comunicación colectiva y la realidad social misma que le da sentido.

Pero optar por un discurso semejante, que hemos escuchado ya en distintas ocasiones, implicaría hacer a un lado las dos referencias centrales que, a nuestro juicio, enmarcan y casi diríamos que propician hoy realmente esta discusión que se nos ha propuesto sobre las formas en las que se vincula y puede vincularse la investigación comunicológica con los procesos de cambio social. Dos referencias que quizá por demasiado sobrentendidas parecen ya igualmente olvidables.

La primera de ellas la enunciaríamos como la presencia de una coyuntura de crisis global, de desconcierto y fragilidad en el desarrollo de los estudios de comunicación social, crisis que se hace patente en la grave insuficiencia de respuestas, y a veces hasta de nomenclaturas adecuadas, frente al desbordante fenómeno comunicacional que nuestro ámbito de trabajo tiene por objeto.

La segunda referencia radica en la constatación simple de que esta vinculación entre la comunicología y el cambio social constituye, desde los orígenes modernos de la disciplina, una piedra de toque de ásperas confrontaciones, y casi un punto crucial en las distintas concepciones que la llamada ciencia de la comunicación ha elaborado y ostenta de sí misma. Nos animaríamos simultáneamente a decir que, para un amplio sector, esta

*El presente artículo recoge una ponencia presentada en el encuentro organizado por el Consejo Nacional para la Enseñanza y la Investigación de las Ciencias de la Comunicación (CONEICC), Monterrey, México, abril de 1982.

problemática expresa, sobre todo, una aspiración nunca cabalmente resuelta, ni en el plano de la teoría ni en el plano de la práctica.

Desechamos cualquier tipo de recetarismo sobre cuál es, ahora-sí-que-deadeveras, el mágico camino que permita a los estudios de comunicación social realizar plenamente el que es uno de sus grandes sueños: aportar y participar en los procesos de transformación, extirpando los signos de impotencia que lo acechan.

Muy por el contrario. Algo parece estar fallando desde hace tiempo en los caminos que se transitan para la elaboración teórica y la investigación comunicacional en México —y, tal vez, en buena parte de América Latina— por lo que parece más aconsejable revisar y reflexionar respecto a estos caminos hechos que apresurar la propuesta de otros nuevos.

Que la polémica sea entonces con nosotros y que su espíritu nos ampare.

El estudio sistemático de la comunicación no nació, como en el caso de otras disciplinas, fuertemente amarrado a ciertos descubrimientos científicos o a determinadas teorías generales sobre un ámbito-objeto que justificaban la delimitación de un campo a profundizar, correspondiendo así a necesidades sociales o históricas de producción intelectual.

En realidad, la lingüística primero y la semiología después (particularmente con el rico estallido teórico de los años sesenta en Europa) desempeñaron este papel para nosotros y aún lo desempeñan parcialmente (cuando no el funcionalismo norteamericano), mientras que los estudios concretos de comunicación social propiamente dicha en México iban apareciendo de manera fragmentaria para atender las exigencias inmediatas que planteaba en el país la presencia del vigoroso fenómeno de la comunicación masiva, en pleno desarrollo desde muchos años antes y cuya importancia, por todos reconocida y asumida, se expresaba ya sea en la preocupación creciente de parte de ámbitos afines o próximos, ya sea en la propia demanda incluso de un mercado ávido de profesionales aptos.

Este nacimiento relativamente tardío de la disciplina no impidió y tal vez redobló una expectativa considerable por la posibilidad de devolver al mundo de lo real preexistente los avances, las técnicas y las conceptualizaciones que pudiera generar el mismo estudio. Pero al mismo tiempo, este carácter tardío dio pie —o, mejor dicho, todo ocurre como si hubiese dado pie— a una cierta tendencia al rezago conceptual que aún no hemos podido superar. Entiéndase bien: no se trata de hacer referencia al conocido e inevitable rezago que toda investigación mantiene respecto a una realidad en movimiento ni tampoco al que podría atribuirse a la comunicología a escala universal. Se trata, sí, de subrayar que en nuestro caso específico este rezago parece notablemente mayor.

Por último, habría que agregar que en las apenas dos décadas o poco más que registra la biografía de los estudios modernos de comunicación en México, éstos han crecido, aunque de modo desordenado, estimulados, entre

otras cosas, por la intuición sobre la íntima relación que existe entre su campo específico de trabajo, y en general, los procesos sociales de todo tipo. En el contexto de este crecimiento, y de aquellas intuiciones que lo sustentaban, era lógico que la preocupación por el cambio social surgiera tempranamente y que esta preocupación fuera concebida como parte de la propia perspectiva profesional que hacía su aparición. También constituía entonces un estímulo la ambición de intervenir en la realidad lo más pronto que fuera posible.

En otras palabras, aquella percepción inmediata de la influencia que los procesos de comunicación ejercían en los procesos sociales en general y, más precisamente, la convicción con respecto a los aportes que podían realizarse en la construcción o en el ejercicio de esquemas de poder, llevó a unos a la búsqueda de los instrumentos conceptuales adecuados para colocar las técnicas de comunicación al servicio de procesos de cambio, mientras impulsó a otros a búsquedas análogas en asociación con el statu-quo. Parecía pues una disciplina nacida para participar activamente en los ámbitos de la realidad social y política.

En ese mismo lapso inicial y al tiempo que de este modo se ampliaba tan marcadamente el campo de estudios, se desarrollaban quizá con mayor rapidez aún los efectos que los nuevos procesos de comunicación masiva imponían en el comportamiento social y cultural de los distintos grupos de la población, y se volvía notablemente más compleja e intrincada la articulación de los elementos políticos, psicológicos y culturales, económicos y tecnológicos que quedaban comprometidos.

La realidad de lo comunicacional se tornaba cada vez más vasta y desigual, y los estudios de la comunicación más urgentes en la necesidad de alcanzarla y abarcarla. El rezago corría el riesgo de convertirse en brecha. La urgencia se afrontó con tropiezos, y los tropiezos terminaron por quebrar la ingenua urgencia con la que se había iniciado esta historia.

La conciencia que hoy cargamos sobre la nueva complejidad a la que debe hacer frente el desarrollo de los estudios de comunicación y las deficiencias que ante ella padecemos se hace evidente si la contrastamos con los optimismos que nos caracterizaban hace 10 ó apenas 5 años, cuando en México y en casi toda América Latina, parecía abrirse ante nosotros un horizonte brillante y retador, pleno de inflexiones teóricas presuntamente listas a ser sintetizadas a nuestro favor, un horizonte abundante en experiencias que, aunque todavía débiles, se insinuaban capaces de potenciarse y extenderse; un horizonte, en fin, promisorio en posibilidades de tornar nuestras conceptualizaciones magras en armas eficaces de la práctica social.

Para quienes habían optado por asociar estas posibilidades con los procesos de transformación y no con el statu-quo, es fácil reconocer que estas expectativas se han cumplido de manera más que parcial, al punto de exigir antes un análisis de los errores que un elogio a los méritos de lo que, sin duda y pese a todo, se ha logrado. A riesgo de que parezcamos tal vez y por contrapartida demasiado pesimistas, el hecho es que actualmente la realidad mate-

rial de los procesos comunicacionales de México se escurre ante nuestros ojos entre congreso y congreso, mientras nuestras formulaciones teóricas o pseudoteóricas se manifiestan más que débiles para capturar las claves que permitan comprender, explicar o promover los grandes procesos sociales de comunicación del país.

Más aún: habíamos dado por sentado que contábamos con un instrumental adecuado para permitir el propio desarrollo teórico, y hoy nos vemos obligados a dudar de aquella certeza. Habíamos sentido orgullo por las múltiples perspectivas de participación en los procesos sociales que se inauguraban desde nuestra militancia comunicológica hasta que comenzamos a advertir que esta participación era varias veces menor que la de los viejos comunicadores de oficio, a los que se consideraba una suerte de primitivos antecesores. Dicho de otro modo, hemos sobrellevado —y durante largos años— una carga de juicios y prejuicios, de ilusiones e ignorancias sobre nuestra propia actividad que, a la hora decisiva, terminaron por trabar algunos de los mismos caminos de los que nos suponíamos forjadores.

Para hacer más cruda esta realidad, mientras algunos miles de alumnos ingresan todos los años en las escuelas de comunicación, bajo el mismo tono optimista que quedó inscrito en los planes de estudio como reflejo de lo que fueran las esperanzas de sus fundadores de hace una década, varios cientos de egresados se enfrentan, también cada año, a la cruda comprobación de que, lejos de poder sintetizar profesionalmente comunicación y sociedad, brutalmente unidas en la práctica, es ya un éxito si logran simplemente asociar los conceptos con los que han sido dotados al contacto real con los grandes medios masivos y sus procesos de comunicación.

Ante constataciones como éstas, ¿qué es lo que supone preguntarnos por los aportes posibles de nuestras teorías comunicacionales a los procesos de cambio social? A nuestro entender, supone básicamente hacer explícita esta crisis de insuficiencia que nos asalta, reconocer que estamos aún lejos de poder realizar aportes sólidos y continuos a los procesos transformadores desde nuestras teorías e investigaciones y, por último, volver sobre lo que en alguna ocasión creímos claramente definido de una vez y para siempre: ¿cuál es el rol que efectivamente puede corresponder a nuestros estudios y conceptualizaciones en los procesos sociales concretos? ¿cómo se construye ese rol? ¿están nuestras teorías e investigaciones en aptitud para desempeñarlo?

La propuesta que realiza el CONEICC* en el sentido de analizar “las aplicaciones posibles de la teoría y la investigación sobre comunicación en el cambio social en México” constituye efectivamente una alusión a ese universo de interrogantes superpuestas que se han erigido siempre y se erigen hoy tal vez con mayor dramatismo en el centro de nuestras preocupaciones profesionales, de nuestras incertidumbres y pasiones. En su formulación se asocia precisamente las tres puntas de la madeja en la que nuestros estudios parecen haber enmarañado su deseada potencialidad política: teoría, cambio social

* Consejo Nacional para la Enseñanza y la Investigación de las Ciencias de la Comunicación

y “aplicación” de una a la otra.

Pero al mismo tiempo, esta formulación alberga —y permítasenos señalarlo— los presupuestos básicos que respecto a cada uno de los términos hoy habría que poner desprejuiciadamente en cuestión. Estos presupuestos son: uno, el proceso de cambio social está definido; dos, las teorías de la comunicación existen como un cuerpo coherente y explicativo de los procesos reales; tres, dichas teorías están esperando ser aplicadas, el problema es cómo.

Estos supuestos, expresados claro está con las sutilezas o argumentaciones adecuadas, resultan considerablemente representativos de la ideología comunicacional dominante entre nosotros, al menos entre aquellos sectores y corrientes con preocupación marcada por el cambio social. No es ocioso entonces ponerlos en el centro del debate a invitar a una mayor reflexión sobre ellos, tanto en lo que se refiere a sus implicaciones concretas como a las epistemológicas y metodológicas.

Cabría así preguntarnos, por ejemplo, a qué definición de cambio social habremos de remitirnos o a qué proceso concreto en ese sentido nos referimos, si es que acaso estas definiciones existiesen al margen de las propias teorías. Pero también: ¿de qué teoría de la comunicación hablamos, desde cuál de todas nos planteamos esta meta profesional de participación? ¿Hasta qué punto contamos con una teoría orgánica de la comunicación, si por ella entendemos, en el sentido blando de la palabra, un cuerpo más o menos coherente de conceptos articulados que capture, exprese y explique la materia específica que aborda, definiendo asimismo el espacio que le asigna a las actividades que de ella se derivan? ¿Cuál es la lógica, cuál la relación entre conocimiento y práctica que preside la idea de *aplicar* la teoría de la comunicación a un proceso de cambio social?

En rigor de verdad, preguntarnos por las aplicaciones posibles de la teoría o de la investigación de nuestro campo de estudios es como preguntarnos por su utilidad social, por cómo hacer para colocar los esfuerzos de análisis y elaboración en estado de consonancia activa con las necesidades de la realidad que vivimos, para que nuestras construcciones teóricas (y las prácticas que sean capaces de impulsar) no vayan por un lado mientras los procesos sociales y de comunicación van por el otro.

Veamos rápidamente, y desde la perspectiva de nuestro interés, algunas de las respuestas dadas por nuestra disciplina a estas interrogantes.

Frente a las teorías y técnicas de la comunicación puestas al servicio del mercado, o simplemente del ejercicio comunicacional del poder, los sectores profesionales interesados en la perspectiva del llamado cambio social intentaron e intentan, por cierto, múltiples y diversas formas de vincular los estudios de comunicación con los procesos sociales. Tres de estos intentos merecen especial atención por su vigencia, por sus significaciones y por la representatividad alcanzada en México y, más en general, en América Latina.

Nos referimos, en primer término, al intento de apoyar comunicacional-

mente proyectos de desarrollo social o comunitario, y que llamaremos *desarrollismo*. En segundo lugar, aludimos a la corriente que ha puesto sus acentos en la denuncia de las bases materiales de propiedad y de poder en la producción comunicacional y que se emparenta con el intento análogo de denunciar las bases de la dominación cultural transnacional; a esta línea conceptual la llamaremos *denuncismo*. Por último, nos referimos al esfuerzo por visualizar a la comunicación social como el cemento posible de experiencias alternativas de poder y que no llamaremos, porque así se llama a sí mismo, *alternativismo*.

Valga observar que ninguna de las tres corrientes mencionadas es hija legítima de una teoría específica de la comunicación entendida como tal, sino que las tres se inspiran en matrices propias de otros campos de estudio, quedando —a nuestro parecer— prendadas a su origen.

(Aunque la distinción seguramente es controvertible, configura una suerte distinta a la corrida por las vertientes comunicológicas que nacieron, del mismo modo híbrido, del funcionalismo sociológico o de la semiología, para más tarde alcanzar sin embargo una cierta autonomía aunque una discutible capacidad explicativa. La observación no trata en absoluto de agregar o restar mérito a ninguna de las corrientes mencionadas, pero resulta interesante en la medida en que la preocupación por el cambio no tiene, en las corrientes de inspiración sociológica y semiológica, el mismo status central que en las otras tres mencionadas).

Los planteamientos con eje en el binomio comunicación y desarrollo, surgieron tenuemente en los años cincuenta, crecieron y se consolidaron en los tempranos sesenta y, aunque con variaciones, se encuentran hoy impulsados por numerosos organismos e instituciones tanto nacionales como internacionales, desde los cuales se contribuye a la realización de una notable labor en la promoción de la comunicación popular, particularmente en áreas rurales.

Esta concepción, que esquematizamos ahora con todos los errores que impone la brevedad, surgió a la luz como parte de las corrientes del neoliberalismo progresista. Eran los años del kennedismo y la Alianza para el Progreso, de la expansión de los mercados internos y de la “tercera” etapa de sustitución de importaciones; los años en los que la superación del atraso en nuestro continente pasaba por la instalación de polos de modernidad que, como las famosas manchas de aceite, irradiarían progreso integrando a los marginados, educando a los analfabetas, proletarizando a los desclasados, estableciendo el civismo —por no decir civilizando— entre nuestras indiferentes o recelosas masas mestizas. Culminación ilustrada de una época en la que la ciencia volvía a ser motivo de fe y la verdad una cuestión a descubrir en cualquier momento, póstumo progresismo del sistema antes de las terribles sacudidas que le propinarían Vietnam y el petróleo y antes también de esta ideología negra de la desesperanza que hoy protagonizamos y padecemos. Lo cierto es que esta concepción implantó su sello en el campo de la comunicación y lo hizo con un impulso que le permitió mantener su perfil más allá de los avatares

sufridos luego por el propio desarrollismo político-económico bajo cuyo estímulo y calor había arrancado.

Este peculiar *desarrollismo* comunicológico ofrece tal vez el conjunto más sólido de experiencias prácticas de implicación social. Es el que más parece haberse aproximado al encuentro de esa piedra filosofal que permite “aplicar” nuestros conocimientos a las aspiraciones de cambio.

El precio pagado, sin embargo, no ha sido bajo. Cabe reflexionar si sus éxitos han sido para las llamadas ciencias de la comunicación o para los proyectos de otro orden a los que éstas fueron — y son muchas veces aún — convocadas a entregar técnicas y herramientas auxiliares.

En los hechos, la recuperación teórica de estas experiencias es tan pobre como limitado resulta finalmente el dimensionamiento social de las múltiples experiencias llevadas a cabo. Dimensión limitada no tanto por la magnitud de los continentes sociales que les han servido de base, sino, sobre todo, por el escaso dinamismo de su efecto multiplicador.

La falta de un estatuto específico de la comunicación que se verifica por lo general en esta vertiente de experiencias explica que en ella sea donde mejor pueda hablarse de *aplicación* de conocimientos producidos por nuestros estudios: porque allí no pasan, en última instancia, de ser un conjunto de técnicas adecuadas.

Un poco más tarde de aparecida esta vertiente, durante los años sesenta y con mayor vigor aún en los setenta, se desarrolló otro modo de tratar de vincular los estudios de la comunicación a los grandes procesos sociales y que hemos dado en llamar *denuncismo*, hasta hoy latente en amplios sectores intelectuales de izquierda.

Bajo el influjo del reverdecimiento general de los movimientos de masas y de las esperanzas de cambios profundos en la sociedad, así como de la circulación casi masiva de un marxismo agitador y escolástico, las ciencias sociales en general se vieron envueltas en el gigantesco esfuerzo de dar al cambio que se creía en ciernes, fundamento, justificación y perspectivas. Aunque finalmente estas perspectivas fueran solamente apocalípticas en muchas ocasiones, al decir de un ya clásico, o los fundamentos quedasen en el plano del pensamiento negativo, según algunos de sus teóricos.

Como correlato comunicológico de estas nuevas izquierdas culturales y políticas que sobrevinieron a la crisis final del estalinismo, el énfasis fue puesto en los análisis de las estructuras de propiedad y de poder de los sistemas de comunicación, en el papel desempeñado en ellos por los grandes intereses mercantiles y monopólicos, en las categorías de alienación, dominación, manipulación.

Naturalmente opuesta a los ejes de comunicación y desarrollo, con los que coexistió y combatió, esta corriente denunciista supo sin embargo compartir con su antípoda un elemento significativo y curioso: la comunicación social, su problemática específica, carecía igualmente de un estatuto teórico o conceptual propio y distintivo. Para ambas escuelas, la comunicación era, en definitiva, una extensión de otras cosas. Para el desarrollismo, una fuente de

técnicas cuya utilización apoyaba el logro de objetivos socio-económicos globales y también un aspecto más de estos objetivos. Para el denunciismo, lo comunicacional constituía un ámbito casi privilegiado de cristalización del conjunto de fallas genéricas del sistema que criticaba. El éxito radicaba en descubrir y demostrar hasta qué punto la dominación de clases o la estructura monopólica eran *también*, y marcadamente, realidades en el plano de la comunicación social.

Hoy, por cierto, le debemos al denunciismo un mejor conocimiento de algunos factores estructurales que intervienen en el funcionamiento de los sistemas de comunicación social. También le debemos, en el lado opuesto de la luna, una buena parte de la carga de ideologización paralizante, de prejuicios y apriorismos que pesan en cada uno de nosotros mismos cuando enfrentamos la problemática comunicacional.

De todos modos, estos estudios —concebidos en el afán de la vinculación a los problemas sociales— no traspasaron el nivel de grandes contradictores en el marco de una batalla ideológica que trasciende a la especificidad comunicacional y que se libró con frecuencia al precio de peligrosos reduccionismos. Buscaban demostrar que la lógica y las consecuencias del sistema capitalista estaban en la base de las estructuras de la comunicación de masas de los países capitalistas. Lo demostraron, pero casi corriendo el peligro de dejarnos con las leyes generales del capitalismo como único objeto de reflexión y de acabar con los estudios de comunicación como rescate de lo singular.

Esa bella ilusión de la inminencia transformadora que alimentó al denunciismo alcanzó a generar, sin embargo, y antes de desmoronarse, conceptos que se readecuarían y perdurarían en el campo de la comunicología. Uno de estos conceptos dio origen al *alternativismo*.

Las corrientes que lo sustentan, nacidas en los setenta, se encuentran hoy en auge y lo que se diga críticamente podría parecer sacrilegio. Sin embargo, la propia fuerza, la presencia y la rápida expansión de esta corriente obliga a un primer análisis. En rigor a la verdad, el alternativismo no ha sedimentado aún un perfil definitivo como para realizar cómodas disecciones. Conviven bajo su techo vertientes tan diferenciadas como las herederas del denunciismo antimperialista, las inclinadas al traslado de las concepciones y métodos pedagógicos de Freire al campo aledaño de la comunicación o bien las que al calor de los influjos gramscianos se lanzan al rescate de la cultura popular. También hay, a no dudarlo, alternativismos semiológicos.

He aquí el primer problema: sucede que muchas son las cosas que tienen algún motivo para considerarse parte de una concepción alternativa de la comunicación. Es que, a diferencia del desarrollismo o del denunciismo, las corrientes que se apoyan en el concepto de lo alternativo están lejos de subsumir el estatuto de lo comunicológico en las concepciones globales de las que se nutren. Muy por el contrario, colocan a la comunicación en el papel de eje y médula en la aproximación a los procesos sociales y tienden, por consecuencia, a operar de manera inversa que sus predecesores. Al menos, con una cierta tendencia a concebir que la vida social es proceso de comunicación y que

todos los demás niveles y expresiones de esta vida social son, en verdad, las distintas formas que encarna.

Los bagajes conceptuales de las disciplinas afines se subordinan epistemológicamente, por tanto, al papel de alimentos posibles para una hipotética teoría comunicacional totalizadora. No queremos contradecir esta visión porque, hasta cierto punto dice una verdad y también porque un matiz comunicocentrista resulta imprescindible para el arranque de cualquier intento de superar las profundas y dispares dependencias epistemológicas de nuestro ámbito de estudios, responsables mayormente de esa biografía errática y por momentos poco consistente que ha delineado la comunicología en México y en otros países de América Latina. Tan sólo apuntamos que no todas las verdades son igualmente útiles al desarrollo del conocimiento y que, por ejemplo, convertirlo casi todo en comunicación social es también inclinarse por desdibujar este ámbito de preocupaciones volviéndolo más difícil de manejar.

De todos modos, lo importante es que esta concepción no es reflejo único, mecánico y directo de una corriente de pensamiento externa a la comunicación social sino que, deliberada o espontáneamente, constituye un primer ensayo de síntesis de distintas vertientes de las que la comunicología puede apropiarse. También es significativo el esfuerzo por colocar su centro de gravedad en el espacio de los problemas ideológicos y culturales.

El alternativismo presenta sin embargo algunos límites que resulta necesario poner en debate. El primero radica en la confusión de su propia base conceptual. Lo alternativo no se define claramente de acuerdo a un conjunto de pautas características, ni tampoco —como tal vez se pretenda— queda definido por su potencialidad transformadora en cada situación o lugar. En principio, cae dentro de sus fronteras todo lo que se oponga, diferencie o simplemente zafe en sus apariencias de las fórmulas establecidas por el poder. Es, digamos, un concepto poco exigente. A la vez, esta amplitud de fronteras se combina con una multiplicidad de escalas de mediación: en cierto contexto, una publicación realizada por sectores populares de base es alternativa a los grandes medios de comunicación de carácter comercial, pero en un contexto distinto, una publicación comercial más o menos masiva, pero más o menos progresista, puede resultar alternativa a las publicaciones homólogas de carácter conservador.

Aquel comunicocentrismo que señalábamos más arriba se convierte ahora en una suerte de alternativocentrismo en la medida en que todos los fenómenos de comunicación social encierran situaciones de alternatividad, reales o posibles. Todo, o casi todo, puede analizarse y definirse en torno del concepto de lo alternativo.

Así, bajo el mismo alero, se yuxtaponen el código de una subcultura campesina, con la prensa de un movimiento revolucionario, con la manifestación *underground* de una élite intelectual y con la marginalidad *punk*. El concepto de lo alternativo aparece entonces como concepto adjetivo, con una muy baja capacidad de discriminación. Se muestra útil sólo para entre-

lazar en una unidad arbitraria y disímbola una multitud de fenómenos de comunicación que resultan racionalizados como “alternativos” por su rasgo común de expresar un estar en contra, fuera, al margen —o simplemente lejos— de referentes institucionales que se ubican, según los casos, en los más distintos niveles y universos, dimensiones o intenciones, escalas y contextos.

Es, en todo caso, una propuesta de relectura de la realidad comunicacional hecha desde una intencionalidad fuertemente politizada o, a veces, ideologizada. Su aporte central consiste en la llave analítica de la alternatividad que subyace en los fenómenos sociales de comunicación, reflejo a su vez del concepto de contradicción y lucha en los fenómenos sociales en general. Pero no parece abrir fácilmente las puertas a un análisis propiamente dicho de un aspecto de la realidad, como lo hiciera el denunciismo, ni tampoco a la generación de experiencias prácticas de acuerdo a su propio modelo coherente, como lo hiciera el binomio comunicación y desarrollo. Aparece, sobre todo, como una toma de partido en contra de.

Pero este dejo de pensamiento puramente negativo, heredado probablemente de la cultura de los sesenta, pone a los alternativistas en contradicción con una de las que parecen ser premisas fundamentales de su concepción: la vocación transformadora. El alternativismo carece de propuesta transformadora. Todo ocurre como si por reacción frente al exceso de grandes planes para la historia, para la comunicación y el cambio, elaborados y decididos en las cabezas de los intelectuales e inevitables fracasados, el alternativismo surgiera negando también cualquier propuesta globalizante y coherente y como si su propio plan teórico le fuese dado por las experiencias que recoge en prácticas inconexas. Propone con sensatez bajar a las condiciones de lo concreto, pero no se da instrumentos propios y estandarizados para explicarlas, profundizarlas o continuarlas sino sólo para su registro y seguimiento.

Esta debilidad está en relación estrecha con el grado de indefinición ya aludido que guarda el concepto mismo de lo alternativo: lo que es una relatividad por excelencia se ha vuelto absoluto. Y ello dificulta no sólo la recuperación teórica de los elementos comunes encontrados en las experiencias que se abarcan, sino también y fundamentalmente dificulta la retroalimentación de la realidad que busca promover.

Un último elemento bloquea su capacidad de vincularse a los procesos de cambio más allá de las fronteras de su registro: sutil, imperceptiblemente, el concepto de lo alternativo tiende a concebirse como si designara lo escindido, lo separado, lo no integrado a ese terrible fantasma que configura el sistema de la ideología y la cultura dominantes. Se procede un poco a la manera de aquel viejo adagio de las antiguas izquierdas rebeldes de nuestro continente que medían la corrección o incorrección de las prácticas sociales por su grado de incontaminación con el llamado “sistema”, es decir, por su grado de esquizofrenia social. En realidad, rara vez los procesos de transformación se verifican si no es en el interior mismo de los esquemas dominantes. La diferencia entre lo contradictorio y lo marginal, entre lo enfrentado y lo escindido

se torna entonces decisiva. La confusión deriva en el peligro de considerar indiscriminadamente como alternativo —lo que para esta corriente equivale a una valoración positiva— aquellas realidades disímbolas a las que hicimos referencia. Así, en la misma bolsa de la vinculación a los procesos de cambio social, quedan incluídas una kermesse de pueblo, un volante obrero o una obra de teatro universitario.

Hemos tratado de sobrevolar rápidamente algunos aspectos y señalar algunas tendencias presentes en las tres vertientes comunicológicas que elegimos para esta aproximación a la historia de las vinculaciones entre la comunicación social, sus teorías e investigaciones, y los procesos sociales de cambio. El panorama dista de ser completo, pero las afirmaciones hechas invitan a respuestas que, si contribuyeran a superar las carencias de la exposición o a elucidar mejor el problema, nos harían sentir satisfechos. De todos modos, y para complicar aún más las cosas, nos permitimos avanzar con algunas reflexiones a partir de lo dicho.

A juzgar por la breve pero intensa historia de la comunicología, el tema de su compromiso con la realidad social aparece como nudo de alta explosividad ideológica. Al mismo tiempo resulta, en la mayor parte de los casos, cruzado o mediatizado por sus relaciones equívocas con otras áreas afines de la teoría o de la acción, hermanas mayores frente a las cuales aún no ha terminado de establecer totalmente su propia especificidad, su entidad conceptual.

Así, los estudios de comunicación social, su elaboración teórica y, en alguna medida, las investigaciones que más se ligan a perspectivas de interpretación, aparecen dominadas o bien por grandes movimientos políticos que las fagocitan o bien por corrientes del pensamiento de otras ciencias sociales que les marcan el rumbo. Más aún, en la medida en que los estudios de comunicación buscan su ligamento práctico con los procesos sociales, estas dependencias en la construcción de sus conceptos parecen acentuarse.

De ningún modo intentamos sugerir que esta situación es de por sí un pecado a expiar. No nos anima en ese sentido ninguna fe ciega respecto a los grandes destinos que la teoría general tiene presuntamente reservados a nuestro campo de estudio y reflexión. Simplemente queremos subrayar que los grandes hitos de asociación entre experiencias de comunicación y experiencias de cambio provienen preponderantemente de las experiencias, necesidades, intuiciones de los protagonistas del acontecer social y político, o de otras teorías extracomunicacionales, que poco se emparentan de manera directa con nuestras propias elaboraciones o investigaciones. En otras palabras, el aporte neto realizado por las llamadas ciencias de la comunicación en este sentido ha estado considerablemente por debajo de sus propias ambiciones e, inclusive, también por debajo de la importancia y dimensión política objetiva de los procesos que estudian.

Importa sugerir que esta debilidad, junto a otros factores, tiene por explicación y correlato la propia debilidad de la elaboración teórica y la relativa —entiéndase bien, relativa— falta de interés de nuestras investigaciones por

conocer, interpretar, conceptualizar la realidad comunicacional que nos rodea, los grandes procesos, estructuras y perfiles de la comunicación social en México.

No es una exageración afirmar que nuestra positiva apertura y disposición por lo interdisciplinario, nuestra sensibilidad o permeabilidad a lo que otros comunican nos lleva con cierta facilidad al extremo de vivir de teorías prestadas —a veces hasta de modas prestadas—, a vivir en estado de dependencia conceptual y problemática, en estado de vaivén, de acuerdo a las olas que se generan cerca nuestro. No se trata de recomendar una actitud de fronteras cerradas ni mucho menos un énfasis especial en la elaboración sofisticada de teorías de cubículo. Antes bien, se trata de defender y satisfacer la necesidad de una auténtica vinculación de los estudios de comunicación con la realidad concreta y un abandono de teoricismos abstractos que, además de partir de bases prestadas, corren el riesgo mayor de ser estériles. La más fecunda elaboración conceptual, la más aportadora, suele nacer del amor sin condiciones por lo real.

¿Qué nos muestran estos 20 años transcurridos en materia de estudios de comunicación, qué nos indican los distintos intentos de vincular rápidamente la comunicología a los procesos de cambio? En principio, todo parece indicar que los preocupados por el cambio hemos invertido la secuencia de los pasos a dar. Que hemos corrido a encontrar esos vínculos externos antes de haber definido adecuadamente los internos. Que hemos estudiado complejas fórmulas sobre la circulación de la mercancía y la reproducción del capital antes de haber encontrado respuesta suficiente a cómo se genera la información en la realidad que vivimos. Nos preocupamos a veces más por los códigos de culturas marginales lejanas, que por los códigos precisos de la propuesta cultural que los medios masivos formulan diariamente para todo el país.

Basta con que recordemos cuál es la bibliografía que las carreras de comunicación se ven obligadas a utilizar en la formación del estudiantado para medir la gravedad de nuestros problemas y la necesidad de una revisión crítica de nuestras orientaciones en la actividad profesional. ¿A cuántos textos se puede acudir para saber lo que ocurre en la comunicación social en México, cuántos ofrecen interpretaciones duraderas del fenómeno? Coincidiremos en que menos de los necesarios. Nosotros, que nos obsesionamos por señalar los mitos que levanta y destruye la comunicación masiva, vivimos en torno a nuestro propio mito: el de nuestras teorías de la comunicación y la belleza de sus ideas. No debe extrañarnos, entonces, que la vinculación de nuestros estudios a los procesos de cambio social y, en general, a la realidad de nuestra sociedad, se establezca como hemos visto desde lo extracomunicológico hacia los estudios de comunicación y no a la inversa, desde los estudios de comunicación hacia los procesos sociales. Puede decirse que tanto en el caso del binomio comunicación y desarrollo como en el denunciismo y el alternativismo, fueron los conceptos generados en otros procesos de conocimiento los que se “aplicaron” al campo de la comunicación: *nos fueron aplicados*. Si las tres han podido avanzar en sus intentos ha sido porque adoptaron la deci-

sión de poner en práctica comunicacional lo que tomaron de otra parte y que nuestros estudios e investigaciones no les ofrecían fácilmente. Como se comprenderá, esta es la fundación de un inacabable encadenamiento vicioso de deficiencias.

Semejante fenómeno de dispersión podría revertir en frutos positivos si se transformara en acopio de herramientas para la construcción de esa base epistemológica de la que aún carecemos, o bien en punto de partida para una síntesis de lo hasta ahora fragmentario e inarticulado. Pero puede resultar particularmente negativo si sólo sirve para ratificar la inclinación hacia lo centrífugo como eje de desarrollo.

Influidas y condicionadas por la semiología y la lingüística, por los economicismos marxistas, por la presencia de las propias técnicas de producción, por los análisis de la microcomunicación, por los antropologismos de la cultura popular y por los sociologismos de izquierda y de derecha, nuestras divagaciones parecen capaces de ocupar todos los espacios y por momentos ninguno.

El problema de la relación entre el conocimiento y su objeto es un problema a resolver por la propia tarea cognoscitiva. En ese sentido, el objeto es *interno* a la teoría, así como la teoría surge en torno del objeto y queda hasta cierto punto involucrada en la dinámica que éste genere. Por eso, no resolveremos nunca de modo satisfactorio la vinculación de nuestras teorías con lo real y con sus procesos de cambio mientras continuemos suponiendo a estos procesos como algo distinto y esencialmente externo a nuestra producción teórica. Jamás lograremos “aplicar” plenamente una teoría o una conceptualización que no haya nacido de aquello que pretende explicar, de aquello sobre lo que pretende actuar. Cuando las conceptualizaciones mantienen una relación íntima con su objeto, ya no es necesario debatir sus “aplicaciones” posibles: ellas ocupan por sí mismas un espacio en los procesos que se esforzaron por conocer.

El *quid* de la vinculación de la teoría o lo real es un problema de estatuto teórico y se resuelve, por lo tanto, cuando la teoría existe y en la exacta medida de su capacidad para explicar su objeto: ése es su modo esencial de vincularse con los procesos objetivos. Entre nosotros, este problema teórico ha sido substituído por una discusión entre lenguajes disímbolos, propia de nuestros teoricismos centrífugos, cuando no por un combate de meros clichés ideológicos.

La indefinición de la relación con nuestro objeto a veces es tal que cohabitan tranquilamente en nuestro ámbito mitologías tan distintas como las que suponen que la comunicación social construye zonas neurálgicas de la realidad (esquemas de poder, procesos de cambio o de manipulación masiva) o las que interpretan que la comunicación es nada más que un conjunto de técnicas para la elaboración, difusión y decodificación de los mensajes. En esta auténtica guerra de las galaxias nos olvidamos de discutir lo real: ¿qué es comunicación social en México, cuáles son sus características concretas?

Nuestra respuesta tentativa a la pregunta con que comenzamos el debate

comienza a esbozarse con la proposición de que imaginemos, antes que aplicaciones posibles, los caminos que permitan, lisa y llanamente, el desarrollo de los estudios de comunicación sobre el país que habitamos, los caminos que permitan orientar estos estudios hacia los problemas y actores sociales reales que le son pertinentes. No diremos, al modo evangélico, que lo demás se dará por añadidura. Pero la mitad del camino habrá sido transitada.

¿Qué significa desarrollar los estudios de comunicación sobre el país? No necesariamente crear más escuelas. Ni tampoco construir la gran teoría que racionalice todas las deficiencias. Por el contrario, se trata primordialmente de algo que se parece mucho más a un comienzo.

¿Cuáles son las características del sistema de comunicación social en el país? ¿Cuál es la relación entre sociedad y medios, o la que se registra entre medios y estructuras de poder? ¿Cuáles son las claves del comportamiento de la precaria y reducida opinión pública nacional? ¿Qué relación establecen con ella los medios? ¿Cuáles son los ejes a través de los cuales los medios masivos inciden en la formación de los procesos ideológicos de la población o en la producción y reproducción del tramado cultural de la vida social? Cualquiera de ellas, entre muchas otras, son direcciones de investigación necesarias para cualquier vinculación que se pretenda con los procesos reales. ¿Qué sabemos por ejemplo sobre el funcionamiento económico de la industria de la comunicación en el país, más allá de datos sobre los gastos en publicidad y algunas referencias del Registro Nacional de la Propiedad? ¿O qué sabemos realmente sobre los recursos de operación del sistema de comunicación? ¿Qué de todo esto hemos interpretado o explicado? ¿Qué tecnologías se están utilizando, cuáles podrían utilizarse, qué opciones comunicacionales yacen en cada una de ellas? ¿Cuál es el papel concreto del Estado en el sistema de comunicación? ¿Cuáles han sido y son las políticas de comunicación del gobierno y de los grandes sectores sociales y políticos del país? ¿Cuáles son las reglas de circulación de la información en México? ¿Cuáles son los procesos sociales de comunicación que no pasan por los medios masivos, cuáles son sus características? ¿Cuál ha sido y es el papel y el espacio de los procesos de comunicación en las formas del acontecer nacional? ¿Cuáles son las reales necesidades sociales de información y comunicación, en qué medida se satisfacen?

Podría formularse una serie mucho mayor de interrogantes concretas. No era nuestro propósito decir las todas sino simplemente indicar la magnitud de los problemas pendientes antes de resolver el problema de las contribuciones a los procesos de cambio.

Tal vez la mayor expresión de las dificultades que padecemos se encuentra precisamente en el corte establecido no ya entre teorías de la comunicación y procesos sociales, sino en la escisión primaria entre actividades teóricas y prácticas en nuestra propia esfera profesional. La primera realidad con la que nos toca vincularnos es que comunicólogo y comunicador se constituyen en esferas escindidas y muchas veces en contraposición sorda y muda. Una y otra hablan distintos idiomas y poco o nada se aportan recíprocamente. La

gravedad de la escisión concierne a ambas aunque de distinto modo: mientras facilita el proceso que convierte al comunicador en un trabajador de oficio cuya experiencia se adosa pasivamente a los requerimientos de un sistema que lo utiliza y absorbe, a la comunicología — que debería desde otro plano atender la misma problemática — le deja la alternativa de dedicarse a cosas tales como la preocupación abstracta por encontrar su vinculación perdida con los procesos sociales de comunicación.

La separación entre ambas esferas concierne a todos, pero a los estudios de comunicación los daña muy especialmente: la práctica no tiene obligación de dar cuenta de la teoría, la teoría sí debe explicar la práctica. Y es necesario destacar que la actividad que se orienta a la producción masiva de mensajes no encuentra en nuestros estudios y debates ni siquiera el espacio de los conceptos o palabras que la desglosen y la nombren. Simplemente no existen.

Esta atroz disociación, que no puede parangonarse con las naturales diferenciaciones que separan por ejemplo a la teoría política de la práctica del poder, o a la teoría del diseño de su industria, se hacen patentes en la propia formación de los comunicólogos: la orientación académica de aquellas escuelas que enfatizan la formación integral y no la de profesionales de la producción, suele reservar un espacio, mayor o menor, para lo que denominan técnicas, pero que poco o nada tendrán que ver con lo que se estudia en las aulas o con lo que exige la producción profesional propiamente dicha; cuando en las aulas se enfatiza el compromiso del comunicólogo con la realidad, se habla de los problemas sociales del país, de economía, sociología o antropología y poco o nada de la realidad de la comunicación que la actividad profesional debería moldear con sus manos.

¿Cuáles pueden ser entonces las vías para propiciar el aporte que los estudios de comunicación puedan hacer a los procesos sociales? Comenzar por lo particular-concreto, no por lo universal-abstracto, arrancar de la propia especificidad de nuestros problemas, no de la generalidad de las cuestiones sociales, atender en primer término al propio objeto y no a teorías sobre otros objetos para descubrir sutiles parentescos.

Se habla con frecuencia de la conciencia y el compromiso del comunicólogo y de la función social de su actividad. Detrás de estas palabras — compromiso, conciencia, función social — se encuentra igualmente la ética del aporte a la transformación general de nuestra sociedad. Es evidente que hay, en estas preocupaciones por el cambio, una voluntad de rescatar la esencia política de nuestra profesión. Pero mientras nuestras teorizaciones sean abstractas, mientras constituyamos, como en un teatro del absurdo, un ejército de comunicólogos buscando nuestros temas posibles en cien partes distintas, debajo de las sillas o detrás del escenario, en tanto los problemas de la comunicación pasen frente a nosotros en estado casi virginal, nuestra noción misma del cambio y del papel que nos toque cumplir en él, serán abstractas. Frente a los problemas de la comunicación, nos comportamos un poco como los aprendices de investigador que no pueden pasar nunca del apartado que suele llamarse “marco teórico”, porque en verdad no tienen claro qué

es lo que buscan investigar. Hemos elaborado un marco teórico, pues, amplísimo, excesivo, y la jungla de palabras no nos deja ahora ver las cuestiones que queríamos iluminar. Desde esas circunstancias, es bastante difícil que logremos aportar algo a un proceso histórico concreto.

¿Acaso nos tomamos el trabajo de advertir, por ejemplo, que en unos pocos meses más una señal de satélite bañara de televisión a toda la República? ¿Significa algo para nosotros que, según los indicios disponibles, el Estado haya abandonado la tesis del derecho a la información? ¿Nos preocupamos por reflexionar sobre el hecho de que un canal de televisión se propone como intermediario explícito entre la población y el poder y, en la práctica, intentó participar en la campaña electoral trasladando peticiones populares al próximo presidente y difundiéndolas masivamente? ¿Hemos presentado en este encuentro alguna ponencia sobre esos pequeños hechos?

Rescatemos entonces efectivamente nuestra esencia política, aunque signifique, en buena medida, hacer saltar por los aires las múltiples, pesadas y crecientes ideologizaciones que mediatizan nuestra relación con lo concreto pero no la esclarecen.

Politizar nuestra actividad teórica y práctica es ante todo y antes de continuar elevándonos a las cumbres del pensamiento universal, descender al plano en el que los hechos de la comunicación se reducen y reproducen. Es allí y no en las alturas, donde comenzaremos a conocer —a cognocer— el papel, posible de la comunicación como factor de cambio, a imaginar cuál es el que efectivamente puede aportarse, cuáles sus pasos y cuál también el rol de nuestras posibles teorías e investigaciones como contribuciones deliberadas. Donde comenzaremos a construir los conceptos que requerimos.

Para tratar de que estas reflexiones —o si se quiere, este alegato— no sean mera oratoria de congreso, quisiera formular tres sugerencias que vinculan de alguna manera lo expuesto con la presencia en este encuentro de las escuelas de comunicación de todo el país.

La primera, que los departamentos o áreas de investigación de estas escuelas realicen un esfuerzo especial por orientar sus trabajos hacia los problemas concretos que plantean los procesos de comunicación en México, ya sea a escala nacional o en la escala regional adecuada al área de influencia de las propias escuelas, adoptando medidas concretas de estímulo que promuevan esta orientación.

La segunda, que se asocie más estrechamente la enseñanza a las prácticas específicas de producción y difusión de mensajes, superando el nivel de los talleres escolares mediante convenios o acuerdos de distinto tipo con los medios de comunicación.

La tercera, propiciar y fomentar la vinculación en el terreno comunicacional con los distintos actores sociales reales del país, para ampliar el horizonte a los procesos y necesidades comunicacionales no institucionalizados y politizar, en el más estricto sentido de la palabra, la formación de estudiantes y también de investigadores y docentes de la comunicación.

En cuarto lugar, más una exhortación que una propuesta, dirigida a todos

los profesionales y académicos de la comunicación que nos encontramos comprometidos con una idea de cambio: que dejemos el cubículo y que, ya sea para aprender, para investigar o para participar, nos acerquemos a la realidad de la comunicación social en México, a sus dificultades e intereses contradictorios, a sus protagonistas sociales e institucionales, a los que tienen el poder de comunicar y a quienes no lo tienen en medida suficiente. Hagamos comunicación e investigación con ellos, en sus problemas y desde sus realidades.